

LA LLAMADA DEL FUTURO

Diana Zaragoza Garrido

Hospital de Dortmund, 2 de abril de 1940, 21:37 horas.

- Doctor Manfred, el paciente está listo para la operación. - le dijo la enfermera con una clara voz de preocupación.

- Perfecto, enseguida voy. – respondió el doctor, cogiendo los últimos artilugios para lo que sería su primera intervención quirúrgica de corazón.

En plena Segunda Guerra Mundial, los doctores no dan abasto con tantas operaciones que tienen que realizar en pocas horas. Los hospitales están repletos de heridos, los enfermeros y enfermeras trabajan horas extras sin retribución económica, los auxiliares que todavía están en formación se han ofrecido a ayudar... la generosidad de la gente es palpable en estos momentos tan difíciles para la humanidad.

Hospital de Dortmund, 3 de abril de 1940, 08:12 horas.

- ¿Señora Katja? Su marido ya está en la habitación, puede subir a verlo. La operación ha salido peor de lo que esperamos, pero afortunadamente está fuera de peligro. Veremos cómo evoluciona las próximas horas y posiblemente en 3 días pueda ir a casa. Y ahora, suba a verlo, habitación 304. – dijo el doctor Manfred a la esposa del recién operado, con una mezcla de nerviosismo y cansancio después de más de 8 horas de operación.

Habitación 304 del hospital de Dortmund, 3 de abril de 1940, 08:25 horas.

La señora Katja se acerca a su esposo con incertidumbre, sin saber bien si besarle y darle un abrazo como ella tanto ha deseado las últimas horas o bien quedarse de pie, observándolo, mientras intenta respirar artificialmente con la ayuda de sensores y válvulas de las máquinas. Con el murmullo de fuera de toda la gente desesperada por conseguir ayuda médica después del último bombardeo sobre esta ciudad hace tan solo 5 horas antes, a la señora Katja se le cae una lágrima. Una lágrima con claro sentido desgarrador, desconsolador, triste, de rabia, de contención, de duda por si se recuperará. Una detrás de otra, lágrima tras lágrima, la señora Katja se derrumba delante de su marido inconsciente.

Una llamada al teléfono de la habitación asombra a la mujer. El teléfono suena una vez, dos veces, tres veces, y a la que va a sonar a la cuarta vez, Katja responde:

- ¿Diga?

- ¿Señora Katja? Tiene dos minutos para escuchar todo lo que le tengo que contar. No cuelgue, no suelte el teléfono, no pida ayuda, o todo irá mal. Escuche atentamente. – la voz de un varón suena muy fría,

lejana. La señora Katja, impactada por todo aquello, se queda helada, pero sigue escuchando lo que aquel misterioso hombre tiene que decirle. – Ahora mismo sé que está llorando, que lleva puesto el vestido para ir los domingos a misa que tanto le gusta, y aquel bolso que le regaló su madre por su treinta cumpleaños. No pregunte por qué sé estas cosas ni tampoco se asuste, sabemos muchas más cosas.



La señora Katja, anonadada de lo que está ocurriendo en la habitación del hospital, coge el teléfono sorprendida, lo mira durante varios segundos, sin saber bien qué hacer, si colgar o seguir escuchando.

- Dígame qué quiere. - Respondió finalmente la señora Katja.

- Muy bien señorita, ha hecho lo que debía hacer. Esta tarde sobre las 18 horas volverá a recibir otra llamada en este mismo teléfono. No seré yo, será una persona muy especial que tiene una gran oportunidad que ofrecerle para salvar la humanidad.

- ¿Salvar la humanidad? ¿En plena guerra mundial donde los americanos sólo quieren que destruírnos? ¿Es usted consciente de lo que está diciendo? – La señora Katja elevaba cada vez más el tono mientras respondía al señor cuya identidad desconocía.

- Señora por favor, relájese. Esta tarde obtendrá toda la información que necesita. Ni los malos son tan malos, ni los buenos son tan buenos. Entiendo que ustedes, los alemanes, tengan cierto rechazo a los americanos, pero señora, disculpe que le diga que no estamos hablando de gentilicios, todo esto va más allá de cualquier procedencia. Todo el mundo tiene derecho a la vida, independientemente del bando que sea en la guerra, de la edad, o de cualquier otro filtro que usted quiera. Toda persona es digna de poder vivir, y poder vivir siendo libre. – Hace una breve pausa sin saber si la señora Katja sigue al otro lado del teléfono o está hablando por hablar.

- Entiendo – respondió Katja.

- Muy bien. Ahora tengo que colgar. Espero que no abandone esta oportunidad señora Katja, usted ha sido la elegida.

Vuelve a dejar el teléfono donde estaba y quieta desde el sitio, gira la cabeza para mirar a su marido. Sigue durmiendo, por lo que decide volver a casa. No sabe la tarde que le espera.

Habitación 304 del hospital de Dormund, 3 de abril de 1940, 17:45 horas.

Después de un buen caldo caliente y una buena ducha para clarificar todos los pensamientos que le rondaban en la cabeza desde esta mañana, la señora Katja está paseando de arriba abajo la habitación, inquieta, esperando la llamada que esta mañana le han prometido.

Su marido está estable, pero sigue sin despertarse de la anestesia de la operación. El médico que le operó por la mañana ya se lo advirtió, ya que después de la complicación de ésta le tuvieron que alargar el efecto calmante. Posiblemente no despierte hasta por la noche.

El teléfono suena. La señora Katja se para en seco en medio de la habitación. Son las 18:02 horas, es la llamada que está esperando. Mira a su marido y coge el teléfono.

- ¿Sí? – Responde la señora Katja.

- Muy buenas. Posiblemente se sorprenda de lo que le voy a contar pero le ruego que me preste atención. Esto se trata de una llamada del futuro, concretamente del año 1945, cuando se creará el modelo de Naciones Unidas. Usted, señora Katja, ha sido la elegida para una misión extremadamente importante para la sociedad. ¿Está segura de que quiere continuar? – el señor del futuro, para un momento para esperar la respuesta de la señora Katja.

- Sí, claro. Dígame en qué consiste.

- Perfecto. Entiendo la situación que está pasando en estos momentos con todo el bombardeo que está recibiendo Alemania y siento advertirle que su país no va a salir muy afortunada de este conflicto. Por ese motivo, le ofrezco realizar la declaración universal de derechos humanos, donde todos los seres del planeta se verán beneficiados de ello, incluido los alemanes que, por lo visto, y se lo digo yo que vivo en el futuro; no han acabado bien. Tampoco quiero mencionarle el verdadero genocidio que está ocurriendo con los judíos ya que me puedo imaginar su opinión al respecto... pero creo que lo entenderá.

- Espere, espere. – le corta la señora Katja- ¿Me está diciendo que todos tendremos las mismas oportunidades, incluidos los judíos?

- Ya sabía yo que este tema iba a traer controversia... - dice el señor en voz baja-. Así es, señora Katja. Pero no hace falta que piense en ello. Usted piense solamente en los alemanes, en los suyos, y piense todo lo que le gustaría que obtuvieran los alemanes en el caso de que pierdan la guerra. Que ya se lo he adelantado yo, la perderán.

- O sea que tengo que hacer una lista de todos los derechos que los alemanes podrían tener en el futuro. Y esa lista se extenderá al resto de la sociedad, serán los derechos de toda la humanidad.

- Creo que lo ha entendido a la perfección. – dice el señor, orgulloso de haberse explicado tan bien. – Mañana por la tarde recibirá en casa un sobre. En él debe introducir dicha lista, y yo mismo pasaré a recogerlo sobre las 21 de la noche. Ahora intente descansar, las ideas salen cuando más despejado esté uno. Gracias señora Katja, le veo mañana.

La señora Katja cuelga el teléfono. Es hora de ponerse en marcha.

Casa de la señora Katja en Dormund, 4 de abril de 1940, 00:47 horas.

Con dolor de cabeza y después de tres cafés, la señora Katja no puede dormir. Se ha pasado la noche elaborando la lista de los derechos humanos que le ha encomendado un señor al que no conoce y que verá mañana. Tan sólo lleva 14 artículos, y le parece tan pocos para ser los derechos de cualquier alemán que no piensa acostarse hasta que tenga como mínimo 25.

Casa de la señora Katja en Dormund, 4 de abril de 1940, 20:25 horas.

Quedan pocos minutos para recibir al señor misterioso. Después de haber ido a visitar a su marido al hospital por la mañana, se le han ocurrido otros derechos que cualquier ser humano podría tener. A las 17 horas justas y como había dicho el señor, la señora Katja recibió el misterioso sobre, sin remitente, como era de esperar.

Nerviosa e impaciente a la vez, la señora Katja se dispone a meter su lista en el sobre. Le ha salido más larga de lo que tenía pensado, por lo que está bastante orgullosa de su trabajo. No sabe muy bien por qué está haciendo eso, pero la verdad es que ella misma también está cansada del infierno que está viviendo durante esta Guerra Mundial. Ya de pequeña sufrió en sus propias carnes las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, y no le apetece volver a repetirlo. Ojalá el trabajo que ha hecho sirva de algo en el futuro.

La puerta suena. Ha llegado el momento. La señora Katja se dispone a abrir la puerta. Un hombre todo de negro, sin ver absolutamente nada de piel ni en la cara o manos, se encuentra delante de ella, coge el sobre, y sin mediar ni una palabra, se marcha. Ya está todo hecho.

Casa de la señora Katja en Dormund, 10 de diciembre de 1948, 13:00 horas.

- ¡Mamá, tengo hambre! – dice Christoph, hijo del señor y la señora Katja.

- Hijo, calla un momento, que estoy escuchando la radio. – responde la madre con el tono más embaucador posible.

La Declaración Universal de Derechos Humanos ha sido hoy, día 10 de diciembre de 1948; aprobado por la Asamblea General de Naciones Unidas en París, en el que se recogen 30 artículos de los derechos humanos considerados como básicos. Al parecer ser, éste documento ya fue redactado en plena Segunda Guerra Mundial por una mujer que tenía a su esposo al borde la muerte... - la señora Katja escucha atentamente. Una lágrima corre por su mejilla, y después otra, y después otra... la emoción se apodera de ella.

- Mamá, ¿qué te pasa? – pregunta el pequeño Christoph de tan solo 4 años, que mira a su madre con curiosidad.

- Que los sueños, por muy difíciles que parezcan, pueden hacerse realidad Christoph.